

y adopta un lema que eleva a santo y seña del establecimiento: "Da lo que puedas, toma lo que necesites". Así que su librería cobija a todo escritor que precisa un techo a cambio de colaborar en el funcionamiento de aquel universo del libro. Así, a lo largo de las décadas -Whitman murió en 2011, a los 98 años y reposa en Père Lachaise- hospedó entre muchos otros a los santones de la generación beat (los Allen Ginsberg, William Burroughs, Gregory Corso), y mantuvo una estrecha relación con Lawrence Ferlinghetti y su también legendaria librería The City Lights de San Francisco.

Imán para turistas y fervorosos lectores

Sylvia Beach y la generación perdida de Noel Riley Fitch (Lumen, 1990) es un estupendo libro que despliega la historia contextualizada de la Shakespeare and Company primigenia, lectura obligada para cualquier interesado en el tema que se complementa con el no menos interesante *Mujeres de la 'Rive Gauche'. París 1900- 1950*, de Shari Benstock (Lumen, 1992). Pues bien, respecto a la librería caótica, mágica, que rigió Whitman con esfuerzo y actitudes de filántropo bohemio y tiránico, acaba de aparecer un libro que inexorablemente atrapa: *La librería más famosa del mundo*, de Jeremy Mercer (Ottawa, Canadá, 1971), un joven redactor de sucesos que en los noventa comete una indiscreción, es amenazado de muerte por un mafioso y decide expatriarse a París con mucho miedo y pocos ahorros. De manera que acabó viviendo de incógnito en la Shakespeare and Co, deslumbrado por su propietario y compartiendo pobreza y malos vinos con una estafalaria fauna de aspirantes a genios literarios. Durante meses se sumó a las tareas diarias de la célebre librería que atrae a masas heterogéneas de turistas y fervorosos lectores; para unos y otros el imán son los libros que -al margen de jerarquías- hacen del establecimiento un lugar literalmente maravilloso.

Fue una librería caótica, mágica, que rigió Whitman con esfuerzo y actitudes de filántropo bohemio

La crónica de Mercer no narra una ficción aunque podría pensarse que sí lo es por el vigor de algunas historias. Lástima que en su etapa Mercer no tratase con asiduos de la talla de Lawrence Durrell, Beckett, Henry Miller, Cortázar o Allen Ginsberg, este tal vez fustigando a la clientela con su intimidatorio *Aullido (Howl)*... ¡Ah! Por fortuna la librería sigue viva y bajo la guía de una Sylvia Beach. Como si hoy fuese ayer y también mañana. Un prodigio. |

Anouk Markovits
Las hijas de Zalman
Traducción de
Magdalena Palmer
Molera

SALAMANDRA
256 PÁGINAS
17 EUROS



Rebecca Hanna y Aahon Cruise, miembros de la comunidad judía ultraortodoxa, durante su boda el pasado febrero

LIOR MIZRAHI / GETTY

Novela Anouk Markovits se crió en una comunidad jasídica que abandonó para evitar un matrimonio concertado; de su experiencia nace una obra que narra la historia de dos hermanas separadas por su visión de la vida

El peso de la ley

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

En el principio los mandamientos eran prohibiciones básicas para la convivencia humana, como no matar o no robar. Cuando las leyes se multiplican, su cumplimiento se convierte en un fin en sí mismo, olvidadas ya las razones que las hicieron útiles un día. Y otro día devienen un muro que separa a unos seres humanos de otros. Y de ellos mismos. ¿Hay que seguir la ley o hacer lo correcto, cuando ambos no son sinónimos? Anouk Markovits creció en una comunidad jasídica construida sobre normas y estigmas, experiencia que le ha permitido escribir *Las hijas de Zalman*, una novela magnífica, en la que consigue algo tan difícil como es no juzgar, respetar todas las actitudes, evitando los arquetipos y las moralinas. Y de paso, mostrarnos la vida y la forma de entenderla de la rama más ortodoxa de los más ortodoxos de los judíos.

La historia se inicia en Centroeuropa en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. El pequeño Josef Lichtenstein es testigo del asesinato de sus padres por sus vecinos cristianos; salvado in extremis por la criada católica de la familia, quien lo bautiza y lo hace pasar por su propio hijo, cinco años más tarde él mismo ayuda a escapar a otra niña judía, Mila, cuya fa-

milia también es asesinada, ahora por los nazis. Mila consigue llegar a la casa de un estudioso jasídico líder de la comunidad, Zalman Stern. Adoptada por la familia, que se agranda al ritmo de un hijo por año, Mila crece muy unida a Atara, la mayor de los hijos de Zalman. Ambas jóvenes son las dos caras de una moneda: Mila es fiel cumplidora de las leyes, Atara comienza a cuestionarlas cuando ambas llegan a la adolescencia en París, donde se han trasladado los Stern.

Mila se somete gustosa a las normas y se compromete con un hombre a quien sólo vio una vez de niña

Josef también ha crecido mientras; devuelto a su identidad judía, en Nueva York se ha convertido en un erudito de la Torá y ha alcanzado la edad de contraer matrimonio. Elige a Mila, quien se somete gustosa a normas que incluyen afeitarse la cabeza, sin que su marido haya podido acariciar nunca su cabello, y anotar en el Libro de los Días aquellos en los que está "permitida", cuando puede mantener relaciones con su esposo: cinco días de sangre, luego siete limpios

y finalmente el baño ritual. Ambos se trasladan a Brooklyn, al barrio de Williamsburg, donde la comunidad vive encerrada en sus normas, en sus comidas kosher y sus ropas largas y modestas y donde Mila descubrirá que no hay lugar para mujeres sin hijos.

La "innombrable"

Atara no quiere esa vida y tras la boda de Mila huye de la casa de su padre; a partir de ese momento será la innombrable, la que no tiene nombre porque se ha deshonrado a sí misma y a los suyos, perjudicando incluso las posibilidades nupciales de sus hermanos. Las dos hermanas adoptivas no volverán a saber una de la otra hasta que, cuarenta años más tarde, Mila deba afrontar una situación desesperada: cumplir la ley, destruyendo a su familia, o ignorarla para salvarlos. Anouk Markovits, quien abandonó de París para evitar un matrimonio concertado, conoce demasiado bien el dolor que supone tener que elegir entre el deseo de ser uno mismo y aquello que los demás ambicionan para nosotros (¿o es para ellos?) como para hacernos sentir que todos tienen su parte de razón y que sólo desde la compasión podemos ayudar a los demás, incluidos los que han hecho de la norma la forma de vida. |